¿JUSTICIA DISTRIBUTIVA?

Jeanine Anderson

La vinculación que existe entre mujeres y pobreza es de antigua data; las mujeres siempre han sido muchas entre los pobres.

Iliffe (1987), en su histórico estudio sobre la pobreza en Africa, que abarca aproximadamente desde hace mil años hasta la época actual, destaca la presencia persistente de cuatro grupos entre los pobres: los/as niños/as huérfanos/as, los/as que están física o mentalmente incapacitados/as, los/as ancianos/as, y las viudas de cualquier edad, en especial aquellas que tienen niños dependientes. Estos grupos aparecen de modo recurrente formando un patrón que al parecer no se relaciona con los accidentes de ubicación geográfica y recursos naturales, períodos históricos sucesivos, variaciones en el contexto étnico y cultural, diferencias en la religión dominante e incluso diferencias en las políticas oficiales destinadas a dar tratamiento a la pobreza. Otras categorías de personas pueden volverse pobres como resultado de un repentino desastre natural o un levantamiento político. Pero son estas cuatro las que pertenecen a los/as pobres que "siempre están con nosotros".

Situaciones diferentes

¿Qué tienen en común la niñez en orfandad, las personas incapacitadas, las ancianas y las viudas que torne persistente su presencia? La respuesta parece reflejar dos situaciones distintas: una condición de dependencia hacia otras personas en lo relativo, cuando menos, a una parte de su subsistencia o al cuidado que necesitan para sobrevivir y la presencia de obligaciones hacia otros que compromete su capacidad para conseguir lo que requieren para sí. La primera situación es válida en el caso de los niños/as, los/as inválidos/as y los ancianos/as, cuya capacidad para trabajar y generar el ingreso suficiente es limitada. La segunda es válida en el caso de las viudas con dependientes, quienes deben dividir su tiempo y sus energías entre el cuidado que deben prodigarles y los esfuerzos para ganarse la vida, y que además no pueden contar con otro/a progenitor/a que comparta la carga de proveer lo necesario a la familia.

Sólo las mujeres pueden ser viudas y, si bien en circunstancias normales no existe mayor probabilidad de quedar en orfandad entre las niñas que entre los niños, del mismo modo que tampoco es más probable que sean más mujeres que hombres las que queden incapacitadas, son las mujeres quienes tienen la mayor probabilidad de caer dentro de la categoría de ancianidad, si ocurriera que en algunas sociedades históricas ellas cuentan con una expectativa de vida ligeramente mayor que la de los hombres, como sucede en los países industrializados contemporáneos. El descubrimiento empírico de que las mujeres están expuestas a la pobreza de modos en que los hombres no lo están, introduce algunos de los elementos esenciales del concepto de *feminización de la pobreza.*

Desde el punto de vista técnico, la *feminización de la pobreza* alude a la desproporcionada representación del sexo femenino entre los pobres comparada con la de los hombres. Siendo así, en un país determinado, cabe considerar que la pobre-

za se ha feminizado si el porcentaje de mujeres en la población considerada como pobre supera el porcentaje de mujeres perteneciente a la población en su conjunto. Evidentemente, si ellas constituyen el 51 por ciento de la población global, pero un 70 por ciento de los pobres, quiere decir que la pobreza está afectando desproporcionadamente al sector femenino de la población.

Conforme sugiere el caso africano, existe razón para creer que los factores que producen la pobreza entre hombres y mujeres son diferentes sin importar cuál sea el escenario social. La imaginaria situación que acabamos de describir, en donde existe exactamente la misma proporción de hombres y mujeres pobres que hombres y mujeres en la población global, sustentaría (si bien no probaría) la hipótesis de que las causas de la pobreza tienen una incidencia fortuita, sin que haya un sesgo de género. Esto es muy improbable, no sólo por toda la evidencia reunida que muestra una variación en la proporción de mujeres y hombres entre los pobres, sino debido a la clase de evidencia pormenorizada proveniente de Africa. Los hombres y las mujeres tienen roles y posiciones diferentes en la sociedad. La distinta incidencia de la pobreza en los dos géneros parecería ser un resultado inevitable de este hecho. Es necesario, sin embargo, establecer en forma empírica el grado de diferencia de un contexto a otro, así como analizar las causas de la pobreza en cada caso, incluyendo las que afectan a ambos géneros, así como las causas que afectan primordial o exclusivamente a los varones y aquéllas que afectan primordial o exclusivamente a las mujeres.

Los dos elementos básicos del concepto de *feminización de la pobreza* son, entonces: un predominio de las mujeres entre los pobres, y el impacto no fortuito, con sesgo de género, de las causas de la pobreza –sean las que fueren en contextos específicos locales, regionales y nacionales. Esto es lo que Pearce (1978) tenía en mente la primera vez que introdujo el término hace casi dos décadas.

Aumento progresivo

El sentido en el cual hablamos de la *feminización de la pobreza* en el mundo contemporáneo va, sin embargo, algo más allá de esta definición básica, llegando a incluir un tercer elemento. Este reconoce una tendencia direccional en la cual la representación desproporcionada de las mujeres entre los pobres está aumentando progresivamente. En este sentido, la *feminización de la pobreza* es un proceso, y no simplemente un estado de cosas en una coyuntura histórica particular. Pearce (1988), al extrapolar la curva que reflejaba una creciente proporción de mujeres entre los pobres durante tres períodos censales en los Estados Unidos, hizo la audaz predicción que todos los pobres adultos en ese país serían mujeres hacia el año 2010[1]. Desde entonces, hay condiciones nuevas que han surgido solas y que tornan improbable la veracidad exacta de dicha predicción. Subsiste, sin embargo, el hecho de que casi dos tercios de la población adulta pobre en una de las naciones más ricas del mundo son mujeres.

Hay un cuarto elemento que está presente en algunos debates en torno a la *feminización de la pobreza*, el mismo que guarda relación con la visibilidad de la pobreza femenina y aun con la visibilidad de las mujeres como sujetas sociales. En casi todo lo que se ha investigado y escrito acerca de la pobreza hasta años muy recientes, la unidad de análisis era el hogar. Los hogares eran pobres o no lo eran; los hogares se alineaban en algún punto a lo largo de un continuo relativo al ingreso y al bienestar. No obstante, diversos e importantes estudios acerca de la distribución de los ingresos dentro de las unidades domésticas ha vuelto insostenible el punto de vista que destaca que existe una sola función de bienestar que se aplica sin problemas a todos los miembros de cualquier hogar. Las reglas que rigen la distribución interna en una unidad doméstica varían ampliamente según sociedades y culturas. También muestran grandes diferencias en los sistemas legales de distintos países, en la medida en que ahí se expresen. El/la integrante de una unidad doméstica puede ser más pobre que otro/a

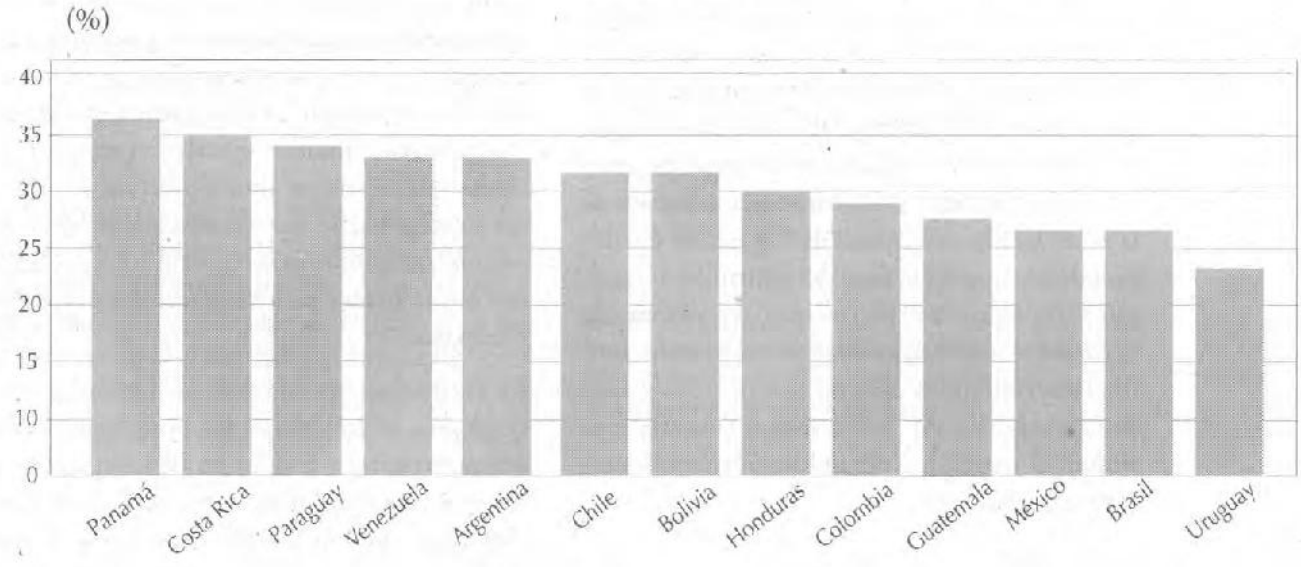
en muchos sentidos: él o ella recibe una precaria alimentación, su salud es peor, obtiene mínima atención de salud y educación, usa vestimenta más pobre, y goza de escasas recreaciones y poco tiempo libre, además de menor control sobre las compras que se efectúan con los ingresos reunidos por el grupo familiar.

A pesar de la abundante evidencia sobre serios problemas en nuestras suposiciones anteriores acerca de la justicia distributiva en el interior de los hogares, muchos/as investigadores/as y compiladores/as de estadísticas nacionales continúan usando los hogares como su unidad más pequeña de análisis. Esta práctica, que encubre en efecto las posibles diferencias entre hombres y mujeres con excepción de una minoría de casos en que se les puede comparar como cabezas únicas de familias, torna difícil la evaluación del grado alcanzado por la *feminización de la pobreza* en muchos países.

Algunos/as estudiosos/as agregan una connotación adicional al significado de la feminización de la pobreza. La pobreza es un asunto que nos concierne no sólo por el hecho de estar presente en un momento determinado –el hecho de que una persona específica sea pobre en ese momento particular en el tiempo–, sino en relación al riesgo de que ello ocurra en un país, una región, una localidad, una familia o en la vida de una persona. Si la pobreza se entiende como un proceso, los conceptos de seguridad y precariedad son importantes para su comprensión. Es fundamental tomar en consideración las formas en las cuales algunas personas pueden estar más expuestas al riesgo de pobreza que otras. Así, puede haber diferencias entre los géneros en cuanto a su grado de exposición a la pobreza (como, obviamente, existen diferencias entre las clases sociales y, en muchos países, entre los grupos que se distinguen por razones raciales o étnicas), a

APORTES DE LAS CONYUGES AL INGRESO FAMILIAR, 1992

(Zonas urbanas)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de encuestas de hogares de los países.

pesar del hecho que, en un momento determinado en una localidad o país específicos, las mujeres son más pobres que los hombres. En este sentido, el concepto de *posición de ruptura*, que utilizan Sen (1990b) y Okin (1989) para explicar las desigualdades en la situación de los géneros, es un instrumento valioso.

Las unidades domésticas y las parejas que comprenden a hombres y mujeres pueden funcionar de tal modo que ocurra un intercambio relativamente equitativo de recursos siempre y cuando la familia o la pareja sean una empresa que marcha hacia adelante. Como norma, una ruptura en estas instituciones deja a las mujeres con menores capacidades, experiencia y conexiones con el mercado laboral (debido a su especialización en cuidado infantil y labores domésticas), y en consecuencia con menores posibilidades de ganar dinero que los varones. En tanto, usualmente se espera que las mujeres continúen haciéndose cargo, y que ellas lo deseen, de cuidar a los/as niños/as de la familia, existen limitaciones en cuanto a su tiempo y autonomía con respecto a los hombres, que no enfrentan este tipo de limitaciones. La ruptura de un matrimonio y la desbandada de la unidad doméstica con frecuencia deja a los hombres en una posición desventajosa con respecto al mantenimiento de una red social de apoyo, especialmente una que comprenda a los/as hijos/as, pero dichos fenómenos, si bien conciernen indudablemente a los debates en torno al bienestar y la calidad de vida, por lo general no son tomados en cuenta en la medición de la pobreza. Las desventajas de la posición de ruptura de las mujeres al final del matrimonio resultan particularmente pertinentes al problema de la *feminización de la pobreza* en un mundo donde el matrimonio es cada vez más precario y donde las desigualdades inherentes al contrato matrimonial –según las costumbres o las leyes– continúan sin solución.

Medición de la pobreza

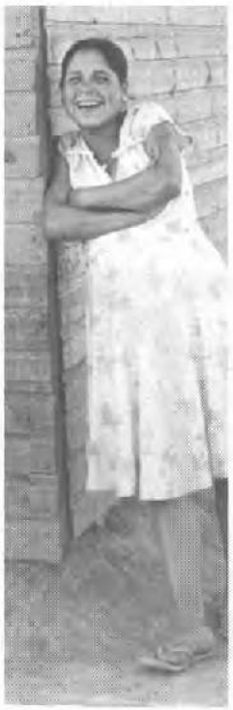
En muy pocos países del mundo se producen estadísticas que permitan una lectura directa del número relativo de hombres y mujeres entre los pobres. La medición de la pobreza es, sin duda, un hecho complicado y demanda una sofisticada recolección de datos. Tanto la capacidad técnica como la voluntad política pueden estar ausentes en los países del mundo en desarrollo, en donde algún nivel de carencia afecta a casi todas las personas. Si bien el debate en torno a cuestiones estrechamente ligadas a la distribución del ingreso y la riqueza data de mucho tiempo atrás, la pobreza no ha sido un tópico que se incluyera en la agenda nacional de los países latinoamericanos sino hasta época reciente; y lo que es más: en muchos de ellos ni siquiera ha sido incluido. La pobreza puede medirse en términos absolutos o relativos. La medición absoluta más frecuente de la pobreza considera el ingreso. Aquí, por ejemplo, los ingresos personales o familiares que estén debajo de un límite señalado como esencial para mantener un adecuado nivel de vida pueden tomarse para definir la pobreza. Otras formas de medición absoluta de la pobreza giran alrededor de conceptos de necesidades básicas, y evalúan si los hogares y/o las personas las están cubriendo o tienen la posibilidad de hacerlo. En el mundo en desarrollo, en donde una gran parte de la población sobrevive casi a nivel de subsistencia, en las mediciones de pobreza generalmente se incluyen conceptos tales como el de *canasta básica de alimentos* o un conjunto de necesidades primordiales, entre las que se incluyen vivienda, vestimenta, alimentación y transporte. Las personas o familias que tienen acceso a estos elementos *básicos* en grados diversos son relegadas a categorías de *extremadamente pobres*, *empobrecidas*, *carentes*, y otras que aluden a sus limitadas posibilidades para satisfacer sus necesidades esenciales.

En las mediciones relativas de la pobreza, por el contrario, se consideran las posiciones de diferentes personas y grupos en relación a otros en un universo específico. Puede ser, por ejemplo, el número total de hogares en una región o una nación. En una medición como ésta se podrían clasificar como *pobres* a todos aquellos hogares que ocupan el primer, segundo y tercer decil en una distribución nacional del ingreso. Las medi-

ciones relativas de la pobreza tienen la ventaja de tomar en consideración la importancia de la *carencia relativa*; esto es, de las condiciones que no están a la altura de los niveles preponderantes de consumo en el país en cuestión. Bajo mediciones relativas de la pobreza, es evidente que aquellas personas que sean clasificadas como pobres en algunos países o regiones disfrutarán de mayores ingresos o mejores comodidades que algunos grupos de los considerados como no pobres en otros países menos desarrollados.

Las *líneas de pobreza* pueden estar reflejando las mediciones absolutas o relativas de ésta. Su uso hasta ahora es muy limitado en América Latina, en donde sólo Chile cuenta con mediciones comparables. Esto, en base a criterios de pobreza absoluta, proviene de las encuestas Casen (Caracterización Socioeconómica Nacional), que se llevan a cabo periódicamente. La Casen permitió establecer que, bajo el impacto de un esfuerzo concertado del gobierno chileno para combatir la pobreza, el nivel de pobreza urbana descendió ligeramente de 37 por ciento a 34 por ciento entre 1987 y 1990, y la pobreza rural descendió de 45 por ciento a 35 por ciento en el mismo período. La encuesta fue aplicada en hogares, sin embargo, se requiere de análisis secundarios para calcular el número de mujeres y hombres adultos en los hogares pobres o, por ejemplo, para establecer comparaciones entre jefatura de familia de hombres y mujeres (Todaro y Salazar, 1994).

Los análisis tradicionales de la pobreza centran su atención en el trabajo y el ingreso que se obtiene del mismo. Esto guarda concordancia con una visión que otorga prioridad a los varones y que entiende la pobreza de las mujeres y de los niños como un derivado de la pobreza que experimentan los varones cuando sus ocupaciones les rinden bajos ingresos, cuando no tienen lugar en el mercado laboral, o en el caso de que pierdan su capacidad de trabajar debido a enfermedad, accidente, edad o muerte. En muchos análisis tradicionales de la pobreza no se cuestiona lo que ocurre a los ingresos una vez que llegan a las familias, o qué implica la especialización de los varones en el rol de proveedores para la organización y el bienestar de la familia. Las mediciones del ingreso *per cápita* a nivel familiar, que algunas veces se aplican, aluden a una importante dimensión de la pobreza –el número de dependientes que formulan demandas ante los ingresos provistos por el jefe o jefa de familia–, pero ignoran la mayor carga de trabajo que entrañan los dependientes, probablemente para las mujeres, en la unidad doméstica. Es mucho el trabajo que resta por hacer sobre la conceptualización de la pobreza, cuando intentamos comprender lo que ocurre a las mujeres y a otras categorías de personas que no son maridos que ganan un salario y que viven en familias nucleares. Para conceptualizar adecuadamente la pobreza es necesario tomar debida consideración de sus causas o ingredientes. Si bien todavía existen problemas a este nivel, los hay más aún al nivel de recolección de datos; esto hace que hoy en día sea extremadamente difícil darse debida cuenta de la pobreza que afecta a las mujeres. Muchas facetas de la pobreza –la pobreza *general* no relacionada con un grupo de población determinado, al igual que la pobreza de las mujeres– no pueden ser actualmente captadas en datos estadísticos debido a que dichos datos simplemente no existen.



Nota:

1. La población adulta constituye la referencia relevante en estas discusiones debido a que los niños/as normalmente no reciben ingresos propios y su nivel de vida depende vitalmente de la situación de los adultos que se responsabilizan de su sostenimiento y cuidado.

Jeanine Anderson, profesora de Antropología y del Diploma de Estudios de Género de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fuente:

Jeanine Anderson. **La Feminización de la Pobreza en América Latina.** Red Entre Mujeres. Diálogo Sur-Norte. Lima. 1994.

Versión resumida y editada por *Perspectivas*.